

---

# Resentimiento

---

Jordi Nadal

---



**P**aremos un momento y miremos alrededor. Una mirada de 360 grados para detectar un elefante en esa enorme habitación a la que llamamos mundo: se llama resentimiento. Theodore Zeldin, autor admirable, contaba que a aquellas personas que se sienten fracasadas en la vida solo les queda como estrategia de consuelo y supervivencia pensar y sentirse mejores que los otros, ya que, de otro modo, al darse cuenta de su realidad, se volverían locos. Es el paraíso de los, acaso, y en parte, autoexcluidos. Hay que pulir lo que esto significa e intentar interpretarlo con claridad y mirada ponderadas. La idea del resentimiento aparece continua y magistralmente retratada en la a ratos terrorífica, pero siempre necesaria, lectura de los dos volúmenes de Antonio Scurati, *M. El hijo del siglo*. Son dos libros contundentes sobre la locura del fascismo de Mussolini en Italia desde 1919 hasta su fin. He leído centenares de páginas como si estuviese en un hotel en Estados

---

## Hay que darle vueltas a todo lo que esconden (o revelan) las palabras

---

Unidos con la habitación a 18 grados: frío de piel de gallina, no por el aire acondicionado, sino al ver la perversión del efecto en todo un pueblo por el uso del lenguaje tergiversado. Algo que intentaba pasar por ser la ley y su efecto ante las masas inflamadas utilizaba, perversamente, el miedo y el resentimiento.

El resentimiento no es, como tal, una emoción, sino una variante del odio. Atentos a la estación de origen y a la de destino. Hay que darle vueltas a todo lo que esconden (o revelan) las palabras. En la construcción del fascismo italiano hubo una maléfica maestría en conseguir hacer contagioso y aceptado hasta la adoración un contenido repugnante.

Veo en mi ciudad –y en otras ciudades– señales de resentimiento: dan cuenta de ello el estado de las fachadas de bellos edificios y de persianas de comercios. Algunos grafitis desafortunados se encargan de recordarnos que hay menos espacio para la belleza y, tal vez, que hay un grupo de gente que se siente robada, aunque probablemente muchos no sabrían qué responder a la pregunta: “¿A ti quién y qué te han robado?”.

Creo que para que tengamos menos pintura de protesta sin propuesta en las paredes físicas y mentales de las personas y la sociedad, es preciso un milagro cotidiano. Se llama buena educación y pasa solo en las familias y en las escuelas.●